

Aguijón



Sol La, 1.10 x .80 m, mixta/tela, 2004.



De Lisboa a Jerez, dos poetas frente al positivismo



alvando la distancia interpuesta por el Atlántico, Fernando Pessoa y Ramón López Velarde se aproximan y coinciden en una línea temática: una dura crítica al conocimiento de corte positivista. En ambos se observa un esfuerzo *ecuménico* por unir las distintas formas de conocimiento sin caer en la tiranía de la razón, en los excesos de un misticismo trasnochado o en una obtusa metafísica. En estos párrafos, realizo un breve recorrido por ese aspecto de la obra de ambos poetas.

Desde Lisboa. Pessoa no se anda por las ramas en sus opiniones respecto al modelo positivista: "Inculcar el positivismo en el alma portuguesa es esforzarse por matarla" (Bréchon, 1999: 139).¹ En 1910, en Lisboa, recién llegado de Sudáfrica (donde cursó sus estudios de preparatoria y vivió inmerso en un mundo de habla inglesa), el poeta vive una suerte de recuperación de su identidad portuguesa. Pessoa quiere que su nación siga los caminos del alma lusitana, alejada de los riesgos que entraña la importación de filosofías ajenas a la forma de ser de los portugueses. Si Francia adoptó una clara división entre la Iglesia y el Estado, Pessoa no cree que

1 Todas las traducciones de pasajes en portugués son versión propia.

la mentalidad portuguesa ("el vago misticismo que nos caracteriza") pueda existir subvertida en un ambiente que imite al galo.

Respecto al conocimiento basado en el ejercicio de la razón, Fernando Pessoa asume una posición crítica bastante clara. Por una parte, al hablar de la objetividad (presupuesto indiscutible del pensamiento cientificista) señala que ésta deberá despojarse de elementos subjetivos que empañen o anulen su validez. Así, la investigación de corte científico podría definirse como un esfuerzo sistemático y ordenado por erradicar todo vestigio de subjetividad. Según Pessoa, precisamente en esto consiste la falta de objetividad a la que se encuentra irremisiblemente condenada la ciencia moderna, como producto humano. El poeta lusitano explica que la ciencia intenta alcanzar su objetivo de erradicación de lo subjetivo mediante la aplicación de tres métodos: la observación directa, el cálculo matemático y la observación indirecta, o sea, mediante el uso de aparatos especiales. Para Pessoa, en el primer caso, la observación directa no sale nunca del punto de partida inicial, es decir, del sujeto que conoce. Toda observación directa está limitada por la propia perspectiva del observador: "La observación directa, evidentemente, nos deja en el mismo punto en el que estábamos, entregados a nuestras subjetividades; si acaso corrigiéndose unas a otras, siempre fuera de la verdadera objetividad" (Pessoa, 2004: 559).

En el segundo caso, el cálculo matemático es sólo una abstracción creada por la mente del hombre. Se trata de un sistema artificial de coincidencias y de orden armónico. Para

Pessoa, ni el número tres ni la raíz cuadrada de nueve ni los números primos existen en parte alguna. Somos los seres humanos quienes hemos creado modelos para encerrar en ellos el mundo. Si alguna certeza se puede encontrar en las matemáticas es la que nosotros mismos introducimos en el modelo: "La 'certeza' de las matemáticas es una certeza sólo dentro de las matemáticas; [...] El cálculo matemático, lejos de acercarnos a una 'objetividad' ciertamente objetiva, más bien nos aparta, pues no es más que un criterio subjetivo para verificar impresiones forzosamente subjetivas" (Pessoa, 2004: 560).

En un intento por dar mayor solidez a su argumentación, el poeta de Lisboa centra su interés en los instrumentos de precisión. Si el ojo humano y los demás sentidos pueden ser la causa de lecturas y mediciones erróneas, el auxilio de los instrumentos de cálculo serviría de resguardo a la exactitud. Sin embargo, para Pessoa, éste no es el caso. Los instrumentos de precisión, creados por el hombre, dependen a su vez de un sujeto observador, lo cual nos remite al punto de partida inicial: "La investigación por medio de aparatos parece, a primera vista, ofrecer un proceso seguro, o por lo menos más seguro que cualquier otro, para alcanzar la objetividad. Pero no es así. Estos aparatos, tras haber sido fabricados por nosotros, es decir, bajo la acción constructiva de impresiones nuestras, tienen, además, que ser leídos por nosotros" (Pessoa, 2004: 560).

Como puede verse, la opinión de Pessoa no es demasiado optimista en cuanto a los alcances del conocimiento científico. Por otra parte, tras la voz de su semiheterónimo, Bernardo Soares, Pessoa dibuja con trazo certero una posición ante el problema de la ciencia positiva: "¡Cuántas cosas, que tenemos por ciertas o justas, no son más que los vestigios de nuestros sueños, el sonambulismo de nuestra incompreensión!" (LD, 202/212).² Hay quienes aseguran lo contrario; son los realistas. Para ellos,

2 Todos los pasajes textuales de Bernardo Soares están tomados de Bernardo Soares: *O livro do desassossego*, Richard Zenith (ed.), São Paulo, Companhia das letras, 2001.

Las referencias a esta obra se presentan de la siguiente manera: (LD), junto con los números del pasaje o fragmento y de la página de la edición citada. De esta manera, la cita queda como se muestra: (LD, 202/212).

dice el tenedor de libros, todo lo dado como objeto está ahí para nuestra aprehensión. Bernardo Soares define de este modo al realista: "un individuo para quien el mundo exterior es una nación independiente" (LD, 221/223). Soares sabe perfectamente que todo fundamentalismo, incluyendo el positivista, es un absurdo; así, nos advierte: "Pasar de los fantasmas de la fe para los espectros de la razón no es más que un cambio de celda" (LD, 34/70). Bernardo Soares, el heterónimo "más cercano" al propio Pessoa, quiere dejar abierto el camino del conocimiento; es decir que el individuo no quede deslumbrado ante los logros de la razón humana ni pasmado ciegamente en los senderos del dogma. Soares no se convierte en una especie de talibán antipositivista; simplemente quiere que cada forma de conocer ocupe el lugar que mejor corresponda con sus alcances y expectativas. Con esto, esboza una de las paradojas de esta dialéctica entre la razón y la fe: "A medio camino entre la fe y la crítica se encuentra el hostal de la razón. La razón es la fe en lo que se puede comprender sin fe; pero sigue siendo una fe, porque comprender implica presuponer que hay algo comprensible" (LD, 176/188).

Pessoa propone límites al uso de la razón como llave del conocimiento; sin embargo, el conocimiento más importante consiste en saber que hay cosas que trascienden al ser humano y a sus productos intelectuales: "Nos basta, si nos detenemos a pensar, la incomprendibilidad del universo; querer comprenderlo es ser menos hombres, porque ser hombre es saber que no se comprende" (LD, 87/116).

Así, al reconocer que hay cosas incognoscibles para el ser humano, Pessoa señala la imposibilidad de alcanzar un conocimiento exacto, ya sea por la vía de la ciencia o por la vía de la metafísica; de esta última, Soares nos dice que siempre le pareció "una forma prolongada de locura latente" (LD, 87/116). Para Pessoa, la única certeza a la que

tenemos posibilidades de acceso es aquella de que todo es incierto, de que sólo los sentidos nos permiten conocer verdaderamente, o sea, desde nuestra perspectiva humana. Con una frase, simple y elegante, el poeta resume su postura ante el conocimiento del mundo: "Soy más viejo que el tiempo y que el espacio, porque soy consciente. Las cosas se derivan de mí; la naturaleza entera es primogénita de mi sensación" (LD, 218/221).

Pessoa nos dice, pues, que el mundo es el resultado de nuestras percepciones sensoriales. El mundo y sus cosas están, por siempre, envueltos en la bruma de nuestros sentidos. No es que la vista y los otros sentidos nos engañen; simplemente, se reconoce que no hay otra forma de ver, de oler o de sentir. La ciencia positiva no puede cumplir las enormes promesas que nos ha hecho. No hay desencanto; por el contrario, hay el gusto de *reconocer* (que es conocer doblemente) las limitaciones y los alcances de nuestra forma de conocimiento. Respecto a la ciencia, Soares está convencido de que tampoco es el medio hacia forma alguna de certeza: "Me traen la ciencia, como un cuchillo en un plato, con el que abriré las hojas de un libro de páginas en blanco. Me traen la duda, como polvo dentro de una caja; pero, ¿para qué me traen la caja si no tiene más que polvo?" (LD, 87/116).

Por su parte, Alberto Caeiro,³ el maestro de los heterónimos pessoanos, acusa una idéntica filiación intelectual y estética. Para este poeta y pastor, el grado máximo de conocimiento al que

3 Todos los pasajes de Caeiro son de *Poesía, Fernando Pessoa / Alberto Caeiro*, Lisboa, Companhia das letras, 2001. Las distintas series de poemas se abrevian de la siguiente forma: entre paréntesis aparece la abreviatura correspondiente a la colección de poemas, seguida de su numeral en la serie y del número de la página, según la edición con la que se trabaja. Las abreviaturas son las siguientes: GR (*O guardador de rebanhos*), PA (*O pastor amoroso*), PI (*Poemas inconjuntos*). Todas las traducciones son versión propia.

sencia de la palabra; de esa forma, se muestran incorruptibles en un eterno y verdadero presente: "Porque la recompensa de no existir es estar siempre presente" (PI, 157).

Caeiro declara su deseo de ver las cosas simplemente, sin que medie ninguna caracterización temporal o espacial, producto del pensamiento humano:

Yo no debería considerarlas ni siquiera reales.

Yo no debería considerarlas nada.

Debería verlas hasta ya no poder pensar en

[ellas.

Verlas sin tiempo, ni espacio. (PI, 171)

Caeiro quiere, pues, extirpar de su poesía la más diminuta gota de esa poderosa droga llamada *razón*. El poeta elabora un discurso contra toda lógica, se trata de un discurso que quisiera no serlo; pero, al elaborar esta ruptura con los esquemas mismos de la razón, el poeta cae en una aporía provocada por el uso del lenguaje. Al hablar de un universo desprovisto de esquemas que encasillen las cosas, en categorías que les resultan antinaturales, Caeiro emplea nada menos que la palabra *esquema*: "No quiero incluir el tiempo en mi *esquema*" (PI, 171).

Lo antes dicho no puede ser un ingenuo dislate. La inteligencia de Caeiro quiere extirpar juicios y categorías de pensamiento; como se dijo, quiere alcanzar un grado de conocimiento que se desconozca a sí mismo. Se trata del sabio desconocimiento de "Sánchez", planteado por Soares:

La ironía pasa por dos estadios: el estadio marcado por Sócrates, cuando dice: 'Yo sólo sé que no sé nada', y el estadio de Sánchez, cuando dice: 'ni siquiera sé si no sé nada'. El primer paso llega al punto en el que dudamos de nosotros dogmáticamente, y todo hombre superior lo da y lo alcanza. El segundo paso llega al punto en el que dudamos de nosotros y de nuestra duda, y pocos hombres lo han alcanzado.

(LD, 149/145)

Para Caeiro, la tarea consiste, entonces, en construir una "ciencia perfecta", a la que no le estorben categorías ni sistemas porque ni siquiera es ciencia: "Ver pudiendo prescindir de todo, menos de lo que se ve. / Ésta es la ciencia de ver, y no es ninguna ciencia" (PI, 171).

"¿Qué ciencia más verdadera que la de las cosas sin ciencia?" (PI, 141).

En este jardín vetado a Parménides, es posible que el poeta diga o se desdiga con la mayor naturalidad. Para el heterónimo es posible que los contrarios se unan y se den la mano, que se elimine entre ellos todo motivo para seguir hablando de *contrarios*.

Finalmente, me parece que para Pessoa debió de ser muy difícil conciliar a Comte con el pensamiento Rosacruz, la teosofía, la astrología y con otras formas de conocimiento apartadas del rigor metodológico positivista. Recordemos que en el poeta de Lisboa el interés por las ciencias ocultas y la magia no fue una afición pasajera: en algún momento de su vida, Pessoa consideró la posibilidad de ganarse el pan como astrólogo en Lisboa, a la vez que hizo cartas astrales para algunos de sus heterónimos. También es muy conocida su relación con el mago y espiritista inglés Aleister Crowley, personaje "demoníaco" (a quien Sommerset Maugham caricaturiza magistralmente en *El mago*). Esta relación marcó un "oscuro" pasaje en la vida del poeta, pues lo llevó a verse involucrado en un espinoso asunto con la policía.

Desde Jerez. Ramón López Velarde asume una postura respecto al pensamiento científicista que en muchos puntos concuerda con la del lisboeta. Al igual que éste, lamenta que, con el ideal de convertir a México en una sociedad laica, se socaven las libertades individuales y se condene todo vínculo entre el Estado y la Iglesia. López Velarde concibe un México donde el progreso material no sea excusa para caer en fundamentalismos, y

LA COLMENA 54, abril-junio 2007.

adopta una posición *aperturista* en la que la libertad de expresión no excluye las sotanas. En carta a Eduardo Correa, López Velarde expresa lo siguiente: "Amante, como sinceramente lo soy, de la efectividad de las prerrogativas individuales, nunca sostendré que los sacerdotes no deban hablar de política" (CAR, 763).⁴

De igual forma, Ramón sabe de los peligros que para el alma entraña el cientificismo. Si, en Portugal, el positivismo mata; también, en México. El mexicano quiere dejar resquicios inaccesibles a la mirada de las cosas "ciertas" que acaba con la imaginación y la fantasía. En "Los magos", una de sus crónicas, leemos: "[...] No es el menos grave el conocimiento de lo utilitario. Conocimiento que mata la creencia en la obsequiosa noche de Reyes [...] El día que mueres en la conciencia, congélase la fe. En ese día se experimenta, quizá por la primera vez, "el dolor de ser humano" (DON, 443).

En el mismo sentido, en "Don de febrero y otras crónicas", la crónica que da nombre a todo el conjunto, le escuchamos decir: "[...] La sabiduría no es para nosotros un hallazgo, sino una fatalidad, sin que la persigas vendrá sobre ti" (DON, 365-366). Al igual que Pessoa, Ramón López Velarde sabe que es una ilusión cimentar en las ciencias "exactas" nuestro conocimiento de la naturaleza. Si, para la ciencia moderna, el conocimiento se convierte en una verdad demostrable, comunicable y predecible, para el poeta de Jerez, el conocimiento del mundo es intransferible, incomunicable y estrictamente personal. En "La

guerra" encontramos este pasaje: "Quienes sueñan todavía en convertir la Tierra y el cielo en esferas inmunes, relativamente perfectas y relativamente hieráticas, de seguro no han sentido batir sobre su frente las alas salvadoras de lo fortuito, de lo libérrimo, de lo personal" (DON, 443).

López Velarde es un sensual. El mundo y sus cosas son producto de nuestras sensaciones. Nada, ni la filosofía, y mucho menos la ciencia, puede ofrecernos respuestas o consuelo. Nadie puede dar cuenta del frío que sentimos o que dejamos de sentir. Para el poeta, no hay argumentación científica adecuada para explicar lo que verdaderamente importa. En "El señor invierno", escribe: "Por más que Montaigne afirme que todo nuestro ejercicio filosófico se reduce a aprender a morir, nos duele ver las fugas de las horas" (DON, 372). La misma idea surge en otras crónicas, como en "Nuestra casa":

Sirve de poco el áncora de nuestras lamentables filosofías cuando un soplo sentimental hincha las velas y empuja la barca mar adentro [...] Y un día sentimos que el cálculo flaquea para dar cabida a la emoción, y nuestra vanidad de rígidos cerebrales se ve castigada cuando nos posee un impulso de llorar o de amar. (DON, 339)

En otra parte, López Velarde elabora una severa crítica al paradigma predilecto del aparato gubernamental porfiriano: el positivismo. En la posición misma que el poeta mexicano asume ante las políticas educativas vigentes en el momento que le tocó vivir, ya se dibuja una clara visión crítica hacia algunas

4 La fuente bibliográfica para éste y todos los textos de López Velarde aquí citados es *Ramón López Velarde. Obras*, José Luis Martínez (ed.), México, Fondo de Cultura Económica, 1971.

El pasaje de esta nota pertenece a la crónica "Mundos habitados", publicada por *El Regional*, en Guadalajara, 1909. El libro en cuestión integra con éste y otros textos un grupo titulado "Don de febrero y otras crónicas". En lo sucesivo, todos los textos tomados de ese grupo se indicarán así: (DON, 353); el número indica la página de la edición antes señalada. Por su parte, los poemas correspondientes a *Minutero* se indicarán con (MIN), seguido por el número de página de la edición ya especificada. Los textos correspondientes a sus trabajos de crítica literaria, de periodismo político y a sus cartas se abreviarán (CRI) y (CAR), acompañados de los números de página.

formas de aproximación epistemológica, como la de Comte. Desde la provincia, el jerezano se hace eco de otras voces que condenan el positivismo. El poeta dirige su artillería más pesada contra uno de sus blancos favoritos: el modelo educativo representado por Justo Sierra. En carta dirigida a Eduardo Correa, Ramón declara:

Una milicia de pedagogos oficiales aduénase en la absurda escuela laica de las conciencias de los niños y jóvenes [...] el apellido Sierra lo encuentro justificado. Es todo un simbolismo. Porque serrano el Ministro, serranos los melenudos profesores de la primaria y serranos los otros educadores, la instrucción pública tiene que resultar serrana. (CAR, 226)

Para Ramón reducir el mundo al estrecho corsé del modelo positivo, basado en la confianza plena en los logros del rigor metodológico, resulta francamente deplorable. Esta crítica no sólo atañe al horizonte de la educación o de la ciencia, también a toda forma de aproximación legítima al conocimiento. Para López Velarde, las antípodas morales y estéticas de un verdadero poeta son lo que él llama "el filósofo". Filósofo, en este sentido, es todo aquel que cree, como digno heredero de una tradición ilustrada, en la existencia de una respuesta para toda pregunta bien formulada. Así, "filósofo" sería aquel que puede explicar, mediante el empleo de la razón, todo lo que un poeta prefiere tras el velo del misterio. En "*Caro data vermibus*", Ramón escribe: "[...] no era un sensual. Contábase entre los que nos desprecian. Catedrático de filosofía" (MIN, 270). De la misma forma, en "Susanito y la cuaresma", le *escuchamos hablar* en estos términos: "[...] profesor de medicina legal, que con vanidades ingenuas, explica a Santa Teresa por la histeria" (DON, 389).

En muchos pasajes de sus crónicas y críticas literarias, López Velarde se muestra ácido

y mordaz juez de todos aquellos que conciben la razón como vía segura para la explicación del fenómeno estético, y no pierde oportunidad de hacer escarnio del lenguaje pseudocientífico. En su encomiable crítica a Celedonio Junco de la Vega, Ramón contrapone la valía de este artista a la ramplonería científicista de los incondicionales esbirros de la razón: "Vuelven insalubre el ambiente los preceptistas enfatuados y los dómines con ínfulas académicas cuyo cerebro concibe el arte como un testamento de rigideces geométricas. Para los tales, un tratado de estética se confunde con un manual de paleontología" (CRI, 453).

De cualquier forma, sería absurdo decir que Ramón es un personaje retrógrado en quijotesca campaña contra la ciencia o la filosofía. Aunque sabe que existen distintas formas de conocimientos, y que el conocimiento más apremiante y cercano (porque nos resulta corporal) sólo puede alcanzarse por vías muy distintas del ejercicio de la razón, Ramón se muestra también como un anticipado creyente en el "*anything goes*" posmoderno.

López Velarde comparte con Pessoa un interés por lo oculto, por la astrología y otros asuntos "oscuros" (menciona que una gitana le predice una muerte prematura), y múltiples alusiones zodiacales se hallan en su poesía. Sin embargo, nuestro poeta deslinda saberes y separa espacios, sin tirar al niño con el agua de la palangana ni desterrar a perpetuidad los logros del mundo moderno. En "Espacios", escribe lo siguiente: "Respeto por igual al físico que ve en su sombra la propagación de la luz en línea recta y al salvaje que rinde culto a su propia sombra [...] me atengo a la quiromancia como a la vacuna" (DON, 398). Ramón López Velarde, desde el horizonte de un México subvertido en el fuego de la revolución de 1910, es el poeta del León y la Virgen, pero también del *Disco de Newton*. LC



BIBLIOGRAFÍA

- Bréchon, Robert (1999), *Fernando Pessoa, estranho estrangeiro, uma biografia*, Río de Janeiro, Record.
- López Velarde, Ramón (1971), *Obras*, José Luis Martínez (ed.), México, FCE.
- Pessoa, Fernando (2001), *Alberto Caeiro, poesia*, Lisboa, Companhia das letras.
- ____ (2001), *Bernardo Soares: O livro do desassossego*, Richard Zenith (ed.), São Paulo, Companhia das letras.
- ____ (2004), *Obras em prosa*. Cleonice Berardinelli (ed.), Río de Janeiro, Nova Aguilar.